

LAS DOS BIBLIOTECAS

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO Y VICENTE GONZALO QUESADA EN LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECOLOGÍA EN ARGENTINA

THE TWO LIBRARIES: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO AND VICENTE GONZALO QUESADA
AT THE ORIGINS OF LIBRARIANSHIP IN ARGENTINA

Javier Planas¹

Palabras clave *Resumen*

Sarmiento, Quesada, Biblioteca pública, Bibliotecología
Se estudia la polémica que Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Quesada mantuvieron en 1877 sobre el porvenir de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En primer término, se analizan las obras bibliotecarias de ambos autores: sus principales ideas y el modo en que fueron producidas. En segundo lugar, se aborda el debate que sostuvieron sobre los modelos bibliotecarios: Sarmiento, afiliado a las ideas de democratización de la cultura letrada y la ampliación del público lector; Quesada, partidario de crear una biblioteca de carácter nacional que sirviera para formación de la cultura científica. Entre otras conclusiones, se destaca este enfrentamiento como un punto de referencia en la historia de las ideas sobre bibliotecas en Argentina.

Recibido 15-9-22
Aceptado 11-4-23

Key words *Abstract*

Sarmiento, Quesada, Public library, Librarianship
The polemic between Domingo Faustino Sarmiento and Vicente Quesada in 1877 about the future of the Public Library of Buenos Aires is studied. Firstly, we analyse the library works of both authors: their main ideas and the way in which they were produced. Secondly, we deal with the debate they held on library models: Sarmiento, who was affiliated with the ideas of literate culture's democratisation and reading public's widening; Quesada, who was in favour of creating a national library which would serve for the scientific culture's formation. Among other conclusions, this confrontation is highlighted as a point of reference in the history of ideas about libraries in Argentina.

Received 15-9-22
Accepted 11-4-23

INTRODUCCIÓN

Durante la década de 1870, el porvenir de la Biblioteca Pública de Buenos Aires fue el centro de disputa de dos modelos bibliotecarios en pugna: el de la lectura pública, representado por Domingo Faustino Sarmiento, y el de la cultura científica, personificado por Vicente Quesada. En este debate y, más allá de él, en las propuestas y en las realizaciones que estas figuras letradas y políticas inscribieron en el ámbito de las bibliotecas,

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas / Universidad Nacional de la Plata, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. C. e.: jplanas@fahce.unlp.edu.ar.

se encuentran los cimientos conceptuales de las dos grandes culturas bibliotecarias de la Argentina: la que se sumergió y creció entre los sectores populares, entre los recién llegados al campo de la lectura, y aquella que se relacionó con la vida intelectual, con la especialización del conocimiento, con las universidades y los centros de investigación. Planteada de esta manera la cuestión general, el problema remite a un inventario de los modos en que esos autores concibieron la biblioteca, de encontrar en sus textos las ideas y los argumentos que dieron sustento a sus proyectos en relación con el mundo histórico en el que fueron formulados.

Desde esta pretensión heurística, es muy poco lo que se escribió sobre el tema. Se tiene, por un lado, un conjunto de investigaciones que se enfocaron en Sarmiento y en sus trabajos bibliotecarios. La primera perteneció a Amador Lucero (1910), que reseñó de forma breve las principales ideas del autor y analizó, de manera pormenorizada y bien documentada, los problemas que tuvieron las bibliotecas populares luego del retiro de las subvenciones estatales como efecto de la crisis económica de 1873-1876. En tiempos del primer centenario de la revolución de 1810, y en el contexto de la restitución de los fondos para las bibliotecas, el balance trazado por Lucero aportó una dimensión histórica a los debates que en esa época se daban respecto a la formación del público lector, la apertura democrática y la identidad de la nación. Esta no fue la única interpretación producida en relación con una coyuntura política, pero, con el paso de los años, este tipo particular de recepción se abandonó y, en su reemplazo, emergió un saber propiamente histórico. En esta línea, María Ángeles Sabor Riera (1974-1975) fue la primera que le dedicó un capítulo al tema en el contexto de su obra panorámica sobre la historia de las bibliotecas argentinas durante el siglo XIX. La autora constató que, en ese conjunto de textos identificados con los fundamentos bibliotecarios, Sarmiento se había ocupado mucho más del libro que del funcionamiento de las propias instituciones. Sin proponérselo, Bernardo Subercaseaux (2000) abonó esa prueba al encontrar en esos mismos escritos algunas claves para comprender los circuitos del libro en Chile, así como también la participación de Sarmiento en el diseño de una incipiente política de bibliotecas. La última literatura disponible abordó esta dimensión de forma específica: para los estudios sobre Argentina, Javier Planas (2017) enfatizó el análisis de la trayectoria de Sarmiento en relación con las concreciones materiales a las que, sin lugar a duda, contribuyó a modelar, desde las ideas y como presidente de la Nación (1868-1874); para el caso de Chile, Raquel Soaje de Elías y Felipe Molina Sarpa (2021) ampliaron el trabajo de Subercaseaux al profundizar los aspectos relativos a la formación de las bibliotecas y sus vínculos con el proyecto de modernización de la élite dirigente.

Mucha menos fortuna tuvo el conocimiento sobre el trabajo de Quesada. Hay una explicación razonable: se trata de un personaje menos relevante que Sarmiento, aunque haya sido parte importante de la escena intelectual de la segunda mitad del siglo XIX, a cuya figura y a la de su hijo, Ernesto, críticos y biógrafos, como Pablo Buchbinder (2012), dedicaron una buena cantidad de estudios. No obstante, el olvido de su aporte a la bibliotecología argentina solo se comprende en función del descuido general del

tema entre los propios bibliotecarios. De ninguna otra manera, su obra *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina* pudo estar tanto tiempo sin ser revisada. Asimismo, es nada lo que se conoce sobre las primeras lecturas que mereció esta y, por otro lado, muy poco lo que se sabe sobre la administración del autor en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, en la que se desempeñó como director entre 1871 y 1879 (Sabor Riera 1974-975, González 2010, Etchepareborda 2004). En *Los Quesada*, Buchbinder (2012) dejó las primeras notas para abrir un camino investigativo al recuperar algunos aspectos destacados de esa gestión y, principalmente, del viaje por Europa que el autor realizó para estudiar las bibliotecas en Inglaterra, Francia, Alemania y España, etc. En un estudio posterior, el mismo autor (2018) amplió la perspectiva y abordó las conexiones entre las preocupaciones de Quesada por las condiciones materiales del trabajo intelectual y las bibliotecas, a las que consideraba instrumentos fundamentales para el desarrollo científico y el trabajo erudito.

La publicación de *Las bibliotecas europeas...* provocó un debate de características inéditas en Argentina. En ese punto, las ideas de Quesada colisionaron con las de Sarmiento. Una institución, la Biblioteca Pública de Buenos Aires, apareció en el centro de la disputa. Fundada al calor del estallido revolucionario y abierta al público en 1812, el establecimiento había transitado con muchas dificultades durante las décadas siguientes: al principio, las urgencias bélicas postergaron su desarrollo; luego, quedó completamente abandonado durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas. La situación no mejoró significativamente hasta la llegada de Quesada, quien procuró darle nuevos aires y, más importante, un aumento de presupuesto. La cuestión, entonces, se planteó de la siguiente manera: ¿qué tipo de biblioteca necesitaba la ciudad?, ¿para quién estaba destinado el dinero que se buscaba invertir? ¿La biblioteca debía atender a los gustos literarios de los lectores populares o, por el contrario, debía enfocarse en la bibliografía de rigor científico y en los documentos que guardaban la memoria de la patria? (Batticuore 2010). Los argumentos que ambos autores promovieron en la polémica ya estaban inscriptos en sus obras bibliotecarias. Pero, al arrojar sobre la arena pública ejemplos y modelos internacionales sobre el funcionamiento de las bibliotecas, sobre la bibliotecología misma y, en general, sobre los lectores y las necesidades culturales de la nación, contribuyeron decisivamente a la emergencia un ámbito de discusión novedoso, tanto desde el plano político como disciplinar: el campo bibliotecario (Planas 2019).

La idea según la cual el debate entre Quesada y Sarmiento está en los orígenes de la bibliotecología argentina se relaciona con el punto de vista que sirve aquí para explorar y entender sus trabajos. Esta perspectiva se esfuerza por comprender cómo este entredicho y las conceptualizaciones inscritas en él produjeron dos nociones diferentes de biblioteca, sobre la base de una misma institución, que en lo sucesivo fueron actualizadas, abierta o solapadamente, por otros actores que también se volcaron a pensar las bibliotecas. La *bibliotecología*, que es el término seleccionado para identificar este ámbito del conocimiento no es, en la época de Sarmiento y Quesada, una disciplina tal y como se la conoce en la actualidad, con un alcance delimitado, con teorías y mé-

todos identificables, sino más bien un conjunto de ideas sobre bibliotecas, bibliografía y librería. Todavía más: en el ámbito hispanoamericano de la segunda mitad del siglo XIX y durante una buena parte del XX, se la reconoce como biblioteconomía, nombre que, según Luigi Balsamo (1998), fue propuesto por primera vez en 1839 por el francés L. A. Constantine, en un manual que se hizo célebre con el paso de los años y que, por su influencia, la administración de bibliotecas comenzó a distinguirse de otros campos aledaños. Pero esta transformación se hizo de manera progresiva, lenta. De tal forma, en esta coyuntura singular que fue la década de 1870 en Argentina, lo que se tiene son discursos dispersos sobre bibliotecas, entre cuyos intersticios es posible rastrear proyectos políticos y culturales, además de ciertas especificaciones técnicas, aunque en mucho menor medida.

La contienda entre Sarmiento y Quesada que hace tangible la problematización del significado de biblioteca luego de las primeras expresiones que dieron origen, precisamente, a la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Parada, 2009), no constituyen un hecho aislado en el mundo occidental. Tanto en Europa como en América Latina, ocurren dos fenómenos simultáneos, ambos vinculados con la constitución de los Estados modernos, y en cuya progresión se montan las bibliotecas. Uno está relacionado con el fabuloso pasaje material e institucional de las colecciones acumuladas en manos privadas entre los siglos XV y XVIII a la esfera pública. Francia es, con seguridad, el punto más representativo de ese pasaje, en tanto que se produjo como efecto de las confiscaciones que la revolución hizo a la nobleza de sus bibliotecas particulares (Barbier 2015). En América Latina, las revoluciones de independencia también propiciaron, a su tiempo, y entre incautaciones y donaciones, un movimiento bibliográfico semejante (Aguirre y Salvatore 2018, Moreno Alba y Ramírez Leyva 1995). Los Estados en construcción se hicieron cargo, como pudieron, de administrar esos tesoros, y el hecho de tener que propiciar acceso a ellos creó la biblioteconomía moderna (Balsamo 1998). Con suerte dispar, y en la medida en que el crecimiento cuantitativo de las publicaciones se disparaba, muchos intelectuales, como Quesada en Argentina, estudiaron las mejores formas de gestionar esos acervos, organizarlos y hacerlos crecer en armonía con el conocimiento erudito. El otro fenómeno se vincula con la lectura popular y con la orientación ideológica y sentimental que diferentes grupos sociales (partidos políticos, iglesias, ligas de la enseñanza, etc.) procuraron imprimir a lo largo del XIX a las bibliotecas como instancia de mediación, y a la participación que el Estado comenzó a tener en esta área como parte de las políticas de instrucción de los ciudadanos. En este plano hubo tantas diferencias como las que se constataban entre el Museo Británico y la Biblioteca Pública de Buenos Aires: mientras que, en Estados Unidos, país ejemplar en la materia, las bibliotecas acompañaban casi naturalmente la expansión territorial, el crecimiento del público lector y el mercado del libro popular de acuerdo con una cultura de biblioteca y un modelo nacional de lectura que emanaba de la sociedad civil (Chartier y Hébrard 1995), en Argentina esa situación estaba lejos de la realidad: había que crear bibliotecas, sí, pero primero debía fabricarse lectores.

Al llegar a este punto, al reconocer esas transformaciones de la cultura escrita encarnadas en el ámbito bibliotecario, resulta particularmente significativo interpretar el modo en que esas mutaciones globales adquirieron modulaciones específicas en las voces de Sarmiento y Quesada, dos personalidades, por otra parte, tan significativas en la historia social, cultural y política de la Argentina que llama la atención el descuido de su tratamiento bajo esta singular incisión heurística. ¿En qué otro momento un expresidente de la nación debatió con tanto ahínco ideas sobre bibliotecas? ¿En qué coyuntura del siglo XIX o del XX un erudito del relieve de Vicente Quesada se comprometió a fondo con un estudio tan innovador como sistemático para darle solvencia técnica a una biblioteca cuyo rumbo pretendía encauzar? Poca cosa va a encontrar el que persiga respuestas a estos interrogantes en la bibliografía crítica, porque esa relación tan íntima entre los intelectuales y sus ideas sobre bibliotecas, en su acepción institucional, es decir, bien lejos de la metáfora del conocimiento, fue muy poco explorada. El término *intelectual*, que aquí se comprende en sentido amplio, porque no solo incluye a estos grandes nombres, sino que alcanza también otras figuras menos conocidas o relevantes (Altamirano 2006), sirve para conectar la propuesta de este artículo junto a otras investigaciones de reciente aparición, todas en general vinculadas al giro material en la historia intelectual (Saferstein 2013, Planas 2021), que exploran esas relaciones en la obra bibliotecaria de Germán García (López Pascual 2022a, 2022b), en la participación de Nicanor Sarmiento en la conformación de la Asociación Nacional de Bibliotecas (Agesta 2023), en los escritos biblioteconómicos de Luis Ricardo Fors (Dorta 2022) o en la tarea de Juan Pablo Echagüe en la conducción de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (Coria 2022). Esta literatura, entonces, invita a considerar el presente trabajo en un diálogo amplio, tendiente a comprender, finalmente, qué es lo que significó la idea de biblioteca en distintas épocas, antes que la bibliotecología se transformara en la disciplina científica que es en la actualidad. Comenzar por Sarmiento y Quesada es punto necesario.

LAS OBRAS BIBLIOTECARIAS DE QUESADA Y SARMIENTO

Vicente Quesada elaboró, entre 1872 y 1881, una obra bibliotecológica de largo aliento: la densidad conceptual y metodológica utilizada por el autor no tenía antecedentes en Argentina. En general, esta obra puede organizarse en tres ámbitos. En primer término, es posible agrupar todo aquel conocimiento surgido de su tarea al frente de la administración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Este fue un saber instrumental, producido en colaboración con las personas que trabajaron a su lado en la gestión y cuyo resultado genuino fueron las decisiones institucionales que se adoptaron, en buena medida representadas en la memoria del organismo de 1877 que redactó Nicolás Massa (1878) y prologó Ernesto Quesada. La segunda zona reúne los textos de carácter teórico, sociohistóricos y técnicos. Aquí están *Las bibliotecas europeas...* (1877), sin lugar a duda su trabajo más completo y complejo, el ... *Proyecto de reorganización* (1879), que bien puede leerse como la conclusión práctica de aquel, y dos textos aparecidos

en la *Nueva revista de Buenos Aires* en el inicio de la década de 1880: “Biblioteca Nacional de México” y “Biblioteca Nacional de la Corte en Río de Janeiro”, que probablemente hayan sido escritos mientras Quesada todavía imaginaba publicar la investigación bibliotecológica correspondiente a Latinoamérica. Finalmente, el tercer espacio de la obra se extiende como polémica, y recoge los cinco ensayos que salieron en los diarios *La Prensa*, *La República* y *La Tribuna* entre el 3 y el 16 de noviembre de 1877 como respuesta a las duras críticas de Sarmiento a *Las bibliotecas europeas*...

Esas elaboraciones intelectuales comenzaron al año de tomar el cargo como director de la Biblioteca Pública. Quesada solicitó en ese momento una licencia para emprender un extenso viaje por Europa, cuyos motivos principales eran el turismo y la educación de Ernesto, su hijo (Buchbinder 2012). Visitar el viejo continente significaba cumplir un sueño postergado y tomar parte de los refinados y costosos gustos culturales que se daba la élite argentina de la segunda mitad del XIX. El gobierno de la provincia de Buenos Aires accedió al pedido y, como parte del acuerdo, Quesada se comprometió estudiar el funcionamiento de las principales bibliotecas europeas. Ese fue el comienzo de su gran obra bibliotecaria, aunque el propio autor echa de menos en la introducción a su libro no haber contado con un manual de investigación que lo auxiliara en la tarea. Quesada exageraba un poco al hablar de esa y de otras dificultades que le ocasionaron la ausencia de un plan sistemático. En rigor, las prevenciones metodológicas que enumeró para amortiguar las potenciales críticas daban un tiro por elevación al propio Estado bonaerense, que solo contribuyó con un modesto pago por ese encargo, razón por la cual —aduce abiertamente— su pesquisa alternaba el relato de turista con la narración minuciosa del observador (Quesada 1877, pp. 9-14). Las quejas que a lo largo de las seiscientas y tantas páginas destila el autor por la ausencia de recursos adecuados que le permitieran preparar debidamente ese viaje no impidieron la objetivación de una obra que, según sus propias pretensiones, venía a engrosar los estantes de la ciencia de las bibliotecas.

De ese modo explícito, Quesada ingresó a un campo de discusión todavía incipiente, pero en crecimiento. No es un dato insignificante el hecho de que procurara precisar desde el comienzo mismo del texto el dueto conceptual de esa ciencia de las bibliotecas, considerada entonces entre la biblioteconomía, enfocada sobre el estudio de la formación y la administración de las bibliotecas, y la bibliotecografía, dedicada a su examen comparativo (Quesada 1877, p. 17). Si esta última faceta daba sentido al procedimiento cognitivo de la obra que desarrolló el autor, la primera proporcionaba los principios fundamentales del análisis, muchos de los cuales ya estaban comprendidos en los manuales de la especialidad que circulaban por aquellos años, como el Constantin (1865 [1839]), muy leído en la época y también muy citado por Quesada. De allí pudo tomar, antes de emprender el viaje, una referencia general de aquellos aspectos a los que debía prestar una mejor atención. Y, por supuesto, los días acumulados en los pasillos de la Biblioteca Pública complementaron esa lectura con una base práctica. Al tamizar una y otra forma de conocimiento, la estructura resultante de la

investigación privilegió las características de los edificios de las bibliotecas, la historia de las colecciones que las habían constituido, las metodologías de catalogación y clasificación de los libros, los sistemas de gobierno y los presupuestos, las particularidades de los servicios, la idiosincrasia del público lector y las estadísticas de uso y crecimientos de las instituciones, entre otros tópicos. También en Constantin Quesada pudo encontrar un respaldo erudito a la idea de biblioteca pública que formaba parte de la delimitación técnica de su objeto de estudio, esto es, una noción de organización que, bajo la esfera estatal, pudiera coleccionar, conservar y poner a disposición toda la bibliografía que los hombres de ciencias pudieran necesitar para el desarrollo intelectual y cultural de una nación (Constantin 1865 [1839], pp. 7-8). Tres juicios estaban implícitos en esta sucinta definición: el primero se refiere al público, y su mención no solo orientaba los objetivos de la administración bibliotecaria hacia el lector erudito, sino que además prescribía una frontera entre los conceptos de biblioteca pública y lectura pública, entendida esta última como aquella de alcance popular; el segundo alude a la intervención gubernamental, considera durante el siglo XIX y en todas partes como el reemplazo necesario a los avatares del coleccionismo privado y su incidencia en la producción de conocimiento; finalmente, el tercer fundamento remite a las cualidades del fondo bibliográfico, que se esperaba que fuera generalista, es decir, que brindara cobertura a todos los temas, y de sesgo nacional, resultado que ya estaba contenido en la historia misma de algunas instituciones escogidas –cuyos orígenes se cifraban en la reunión progresiva de un sinnúmero de bibliotecas de particulares–, y de la voluntad explícita por adquirir en adelante todos los impresos oriundos de un mismo territorio (Quesada 1877, pp. 23-26; Quesada, 1879, pp. 7-18). Previsiblemente, esta manera de concebir la idea de biblioteca pública privilegió una serie de instituciones relativamente homogénea en su visita a Europa (los nombres que siguen son los que tenían los establecimientos en ese entonces): Biblioteca Nacional de París, Biblioteca del Museo Británico, Biblioteca Real de Múnich, Biblioteca Real de Berlín, Biblioteca Pública Real de Dresde, Biblioteca Imperial Real de Viena, Biblioteca Real de Bruselas, Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Ambrosiana de Milán, Biblioteca Nacional de Milán, Biblioteca Universitaria de Turín, Biblioteca Nacional de Florencia, Biblioteca de la Universidad de Bologna, Biblioteca Vaticana de Roma.

Una disciplina: la ciencia de las bibliotecas; unas delimitaciones teóricas: la biblioteconomía y la bibliotecografía; unos principios de análisis y unas definiciones operativas sobre el objeto de conocimiento; el viaje y el método fueron las instancias a la vez que el procedimiento empleado para el acopio de información, la recolección de documentos y la fijación de impresiones. Desde luego que la estancia europea, en la que se incluye el itinerario bibliotecario de Quesada, formaba parte de una inquietud intelectual general, a la vez sociológica y antropológica, preocupada por comprender el mundo de las grandes naciones (Colombi 2004). Las huellas de estas aprehensiones también formaron parte de la manera de concebir las bibliotecas y los sistemas de bibliotecas: se trataba, para el autor, de apreciar el *medium* en el que estas organizaciones tenían lugar

(Quesada 1877, p. 33). París, por ejemplo, le ofreció la oportunidad de correlacionar el desarrollo cultural y científico con el crecimiento y la profesionalización de los archivos, los museos y las bibliotecas; todas instancias o espacios íntimamente relacionados con la economía del conocimiento decimonónico (Hedstrom y King 2006). Este esquema comprensivo, sin embargo, no fue aplicado de modo invariable: la percepción del *medium* casi no está presente en algunos sitios que el autor recorrió. Por lo regular, esta discrepancia de criterio se distingue cuando las bibliotecas no se le presentaron a sus ojos lo suficientemente modernizadas como para acompañar el trabajo erudito. El caso es tangible en Italia, cuyas instituciones solo ponderó por el valor histórico de sus manuscritos e incunables. Incluso, la magnificencia de algunos de sus edificios fue relativizada al comentar la poca utilidad que ofrecían las salas para los lectores. Ciertamente, por otra parte, que su estadía en Italia fue breve, y que sus observaciones en este punto fueron, como el propio Quesada admitió, “los apuntes de la cartera de un turista” (1877, p. 584).

De las catorce bibliotecas que describió Quesada, su interés se posó en el funcionamiento de la Nacional de París, la del Museo Británico, las bibliotecas alemanas en general, y, por afinidad idiomática, cultural y documental, la de Madrid. Esto no significa que el autor haya dejado de tomar lecciones de sus otras visitas –a través, por ejemplo, de valoraciones negativas–, pero la densidad analítica es sustancialmente diferente. Sobre ese restringido conjunto de instituciones que privilegió, el método fue aplicado a fondo: supuso, inicialmente, tomar un conocimiento global de cada establecimiento, luego, procurar establecer contactos diplomáticos para facilitar el ingreso y obtener encuentros con diferentes funcionarios; requirió, por otro lado, recorrer con detenimiento las bibliotecas y tomar nota de la funcionalidad de las salas, de los comportamientos de los bibliotecarios y los lectores, de los espacios y las arquitecturas, y preparó también las entrevistas, que a su tiempo le demandaron pensar las preguntas según el nivel jerárquico y la especialidad de los entrevistados; finalmente, significó hacerse de diversos documentos: leyes y decretos, reglamentos, memorias de gestión, tablas de clasificación, modelos de catálogos y formularios para la solicitud de los libros, entre otras papeletas administrativas. Con todos estos materiales, Quesada pudo escribir su trabajo. Algunos avances de la obra se publicaron en *La Revista del Río de La Plata* mientras todavía residía en Europa. Son ejemplos los artículos dedicados a las bibliotecas de Múnich, París y Madrid, fechados en agosto de 1873, y en marzo y mayo de 1874, respectivamente. Al margen de esos adelantos, la redacción final del ensayo transcurrió en Buenos Aires y probablemente debió significarle una tarea ardua, no solo por el volumen de información que registró –a la que debe sumarse la lectura de un repertorio, aunque no muy amplio, variado de bibliografía sobre el tema–, sino también por la ausencia de las referencias que no pudo tener a la mano para profundizar o cerrar algún asunto particular.

Por alguna razón que no está del todo clara, Quesada dejó sin escribir una conclusión a *Las bibliotecas europeas...* Tal vez estaba tan decidido a publicar el segundo tomo dedicado a las bibliotecas americanas mientras redactaba el primero que postergó esa tarea. En este sentido, *El ...Proyecto de reorganización* se puede leer como un

cierre a esa obra: cada sugerencia realizada, cada ítem del reglamento que propone, cada proceso y cada acción para la transformación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires está fundamentada en las buenas prácticas de las bibliotecas que estudió y en la literatura bibliotecológica que analizó, aunque, como observa el propio autor, no se trató nunca de “una ciega imitación” (Quesada 1879, p. 29). Hay que buscar este procedimiento creativo en el interior de *Las bibliotecas europeas...*, en los muchos párrafos dispersos donde el autor reflexionó sobre la Biblioteca Pública de Buenos Aires y las condiciones del trabajo intelectual en relación con la situación europea. El remate fue siempre el mismo: no había comparación posible; se requería andar un largo camino de más y mejores inversiones estatales, de transformaciones institucionales y de sostenimiento de un mismo horizonte para dotar, finalmente, de los recursos materiales para el desarrollo de las ciencias. Estas y otras lamentaciones, esos mismos reclamos y algunos nuevos, y, en general, esa orientación erudita del establecimiento fijada por Quesada fue retomada y desenvuelta con posterioridad por Paul Groussac (1893), quien la convirtió, a través de ciertos hitos de su gestión, como fue la publicación de la revista *La Biblioteca*, en un centro importante para la articulación política y social del campo intelectual del entresiglos (Bruno 2005, 2018). Esta no fue, sin embargo, la única herencia de la apuesta de Quesada: su permanencia como paisaje de expectativas también se verifica en el proceso de formación de la Biblioteca Pública de la provincia de Buenos Aires, institución creada por la élite bonaerense para hacer de La Plata una ciudad científica por excelencia (Dorta 2019).

La idea auspiciada por Quesada estaba en franca oposición al concepto de biblioteca pública que profesaba Sarmiento. El principio de esta discrepancia se encuentra en la misma obra sarmientina, elaborada de forma radicalmente diferente a la concebida por Quesada. Para empezar, Sarmiento no escribió un libro sobre bibliotecas. Su tarea fue la de un publicista, la de un escritor exuberante, prolífico. A lo largo de cuatro décadas, la cuestión bibliotecaria estuvo en su cabeza, pero nunca de la manera sistemática que se aprecia en Quesada. Sarmiento quería fundar bibliotecas, multiplicarlas. Y para ese objeto emprendió, de a ratos, la publicación de artículos sobre la cuestión. Esto no significa, está claro, que sus ideas no tuvieran densidad, sino que esencialmente mantuvo una idéntica propuesta a lo largo de todos esos años, sostenida por unos fundamentos muy elementales, pero, al mismo tiempo, muy potentes.

En 1938, con motivo del 50° aniversario de la muerte de Sarmiento, la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares publicó *Páginas selectas de Sarmiento sobre bibliotecas populares*. El volumen reúne unos veinte artículos del autor, aparecidos en diarios, libros y revistas sobre educación, que fueron escritos en la década del 1850, mientras vivió en Chile, en los sesenta, durante su estadía en Estados Unidos, y a lo largo de 1870, especialmente después de su presidencia y con motivo de la polémica que generó la obra de Quesada. Hay, no obstante esta agrupación, tres trabajos que contribuyen a demarcar su labor: un temprano artículo publicado en 1841, titulado “Espíritu de asociación”, la promulgación en Argentina de la Ley n° 419 de protección a las bibliotecas populares en

septiembre de 1870, durante el transcurso de su presidencia, y, finalmente, una conferencia brindada en los salones de la Biblioteca Pública del Municipio de Buenos Aires en 1883, que contiene un balance general a modo de cierre de sus ideas sobre bibliotecas.

Sabor Riera (1974-1975) no se equivocó al afirmar que, en esa serie de texto, Sarmiento se ocupó mucho más del libro que de las propias bibliotecas. En efecto, no se va a encontrar en este autor un análisis pormenorizado de la manera de administrar estos establecimientos, de catalogar los libros o de clasificarlos. Una sola vez, en 1877, intentó acometer esta tarea en “El arte de manejar bibliotecas populares” (Sarmiento 1877), pero el ensayo quedó inconcluso al cabo de la segunda de lo que prometían ser varias entregas, donde solo alcanzó a ocuparse de cuestiones muy sumarias. El interés del autor siempre se orientó a pensar las condiciones materiales de la circulación del libro, en relación con los resultados que pudieran dejar las sucesivas campañas de alfabetización, en Chile y en Argentina. Dicho de otra manera, Sarmiento recuperó esa inflexión del discurso republicano sobre la lectura que justificaba la creación de las bibliotecas como un complemento necesario de las escuelas (Chartier y Hebrard 1995), idea que no era original, pero sí bastante novedosa, en especial al considerar que algunos Estados americanos comenzaron a invertir en la instrucción primaria de manera sistemática a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Sarmiento veía en las bibliotecas, entonces, un espacio de socialización y de formación de los lectores y las lectoras, pero también las percibía como una institución estratégica para crear una demanda del libro que, potencialmente, pudiera contribuir a consolidar la oferta del mercado libresco, por entonces con serias dificultades para su sostenimiento, ampliación y diversificación. Esto último quedó particularmente manifiesto en un escrito de 1874, cuando aún era presidente de la Argentina, en el que brindó instrucciones para elaborar un plan editorial de alcance latinoamericano, cuya base de sustentación eran las bibliotecas (Sarmiento 1874).

Sarmiento se ocupó mucho más del libro que de las bibliotecas porque la cuestión a resolver no tenía nada que ver con las técnicas de organización, un tema que efectivamente era angustiante para las instituciones que ya contaban con cientos de miles de ejemplares. Esas bibliotecas populares que el autor imaginó no tenían una historia que contar. El problema fundamental era crearlas, no solo desde el punto de vista material, sino también en el imaginario social. Así planteadas las cosas, el despliegue discursivo del autor debe comprenderse como una tarea de convencimiento. ¿Pero convencer a quién? En aquel primer artículo sobre la cuestión bibliotecaria que publicó *El Mercurio* en 1841, primaba todavía su lectura de Benjamin Franklin (en Comisión Protectora 1938, pp. 11-14), una referencia literaria poderosa, una cita que amplió la noción de lo posible en Sarmiento, cuya huella emocional e intelectual permaneció fresca en obras como *Recuerdos de Provincia* o *Mi defensa* (Sarlo y Altamirano 2016). Aquí, ese quién, estaba identificado con la sociedad civil, o, al menos, con esa parte de la sociedad que tenía los recursos para crear las bibliotecas, en idéntica forma en que el autor norteamericano lo había expresado en su *Autobiografía*, a saber: un grupo de amigos y conocidos que reunieron sus libros y compraron otros, buscaron un lugar adecuado,

escribieron los estatutos de la asociación e invitaron a todas las personas del pueblo a formar parte de la iniciativa y de los beneficios de la biblioteca a cambio de una módica cuota mensual. Esta dinámica estuvo presente cada vez que Sarmiento imaginó un sistema de bibliotecas. Sin embargo, esta idea se transformó de manera progresiva, en buena medida, con la participación del autor dentro de las estructuras estatales y de la lectura atenta de las obras del reconocido pedagogo norteamericano Horace Mann. Esto sucedió en el transcurso de las décadas de 1840 y 1850. Son testimonio de este viraje dos artículos publicados en 1853 en *El Monitor de las Escuelas Primarias* de Santiago de Chile, bajo el nombre de “Bibliotecas locales” (Sarmiento 1853). En estos textos y otros de la misma época se observa la manera en que Sarmiento formó una concepción aguda y comprensiva de la cultura letrada (Subercaseaux 2000), en los que desde luego incluyó como prioridad la expansión de las escuelas primarias, pero además se ocupó de las imprentas, del comercio del libro, de la novela, de las lectoras y de las bibliotecas, a las que entonces procuró vincular con las políticas de Estado.

Sarmiento nunca pensó un sistema de bibliotecas públicas, esto es, una serie de instituciones estratégicamente distribuidas cuya sustentabilidad estuviera asegurada por una partida regular en el presupuesto del tesoro y por funcionarios a cargo de su administración. No lo hizo porque a la mitad del siglo XIX, el Estado era un objeto de construcción y disputa, cuyas prioridades pasaban por las urgencias bélicas, la organización de un mercado, la ampliación y la delimitación de los territorios, y el ajuste de los resortes políticos e institucionales, entre otros factores que la historiografía argentina puso de relieve para la situación nacional (Halperin Donghi 1982, Oszlak 2009, Sabato 2004, Bragoni y Míguez 2010). Aún la educación primaria, tema prioritario para el autor, tenía muchos problemas para progresar como sistema. De esta manera, las bibliotecas quedaban muy rezagadas en la agenda. Sin embargo, lo que aprendió en las lecturas de Mann fue un modo de alentar la participación de los ciudadanos mediante un sistema muy sencillo de subvenciones para la compra de libros. De esta manera, la iniciativa y los costos de mantenimiento de las bibliotecas seguían a cargo de la sociedad civil, mientras que el Estado solo aseguraba las partidas necesarias para los subsidios y los funcionarios a cargo de gestionarlos, es decir, nada comparado con los elevados gastos que hubieran significado construir edificios, adquirir colecciones y montar una burocracia que los llevase adelante. Al mismo tiempo, y como parte del acuerdo, se obligaba a las sociedades a brindar ciertas condiciones de acceso a la lectura, en general, gratuita en la biblioteca –en el caso de las entidades que tuviera un local propio–, y a domicilio, a cambio de una cuota asociativa moderada (Planas 2017).

En esa articulación entre el Estado y la sociedad civil comenzó a tallarse la noción de biblioteca pública que mantiene Sarmiento, a la que denominó *popular* porque el control de su orientación administrativa, ideológica o pedagógica estaba en manos de las asociaciones. Esta idea, que quedó cristalizada en la sanción de la Ley n° 419 –y cuya lógica en el siglo XXI aún rige la participación gubernamental en este ámbito–, no fue un resultado casual. Además del obvio análisis de las políticas norteamerica-

nas y del estudio de las condiciones sociales, económicas y políticas de implementación, el autor tuvo que transitar por algunas experiencias para dar con una medida bibliotecaria realizable. En Chile tuvo su primera frustración. Las bibliotecas a las que contribuyó a crear quedaron atrapadas en las tensiones más amplias entre liberales y conservadores por las características deseables de la lectura nacional (Poblete 2003), finalmente resuelta a favor de estos últimos. Como consecuencia, observó Sarmiento, el catálogo de esas instituciones sirvió como un tamiz moralizante que no dejó pasar ninguna lectura del gusto popular. De aquí se comprende su insistencia en la cuestión de los libros toda vez que se expresó sobre bibliotecas. Para él, de la oferta de obras dependía la formación de una sensibilidad o empatía con las bibliotecas. Y esto requirió dar una batalla en dos frentes: por un lado, el simbólico, contra las posiciones más reaccionarias del campo de la lectura, entre las que no solo se encontraban las de la iglesia católica, como era visible en Chile, sino también las que sostenían los letrados de la época, como testimonia su enojo contra Juan María Gutiérrez en 1867 por unas recomendaciones de lecturas que el autor propuso a una biblioteca en formación, y que Sarmiento consideraba fuera de lugar (Sarmiento 1867); por otro lado, el material, ámbito de las concreciones institucionales en las que buscó promover iniciativas editoriales, empresas de traducción y convenios interestatales, entre otras medidas, para asegurar la provisión de literatura novedosa (Planas 2009). Sarmiento tenía bien claro que a ningún lector se le podía obligar a permanecer en una biblioteca –al contrario de lo que sucedía en las escuelas–; por lo tanto, el poder de seducción de los catálogos era el principio y el final de cualquier estrategia.

En Argentina, la ley de bibliotecas populares garantizó que el poder de elección de las obras quedara en manos de los lectores. Esto representó un estímulo muy poderoso para los eventuales asociados, que pudieron armar un proyecto de biblioteca. La política que se inauguró en 1870 tuvo un fuerte e inmediato impacto: más de cien bibliotecas se fundaron en todo el territorio en menos de un lustro. Pero a la vuelta de la esquina, la crisis financiera internacional y, fundamentalmente, la decisión política del gobierno de Nicolás Avellaneda de ajustar el gasto público, dejaron en 1876 a las bibliotecas populares sin los subsidios estatales y sin el organismo que hasta entonces las había asesorado: la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Esta fue, con toda seguridad, la segunda frustración de Sarmiento en materia de bibliotecas. Sintomáticamente, durante 1877 publicó varios trabajos sobre el tema. Y la obra de Quesada le dio un motivo más que atractivo para volver a caldear la opinión sobre las modalidades de acceso a la lectura y el papel del Estado. La polémica entre ambos autores echó los cimientos conceptuales de los sistemas bibliotecarios de la Argentina.

LA POLÉMICA SOBRE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

El 8 de enero de 1877, el gobierno de la provincia de Buenos Aires autorizó la impresión de *Las bibliotecas europeas...* La primera respuesta directa de Sarmiento apareció en

La educación común el 15 de junio de ese mismo año, aunque en los números anteriores de la revista el autor había publicado dos artículos relacionados con el asunto, casi como si se tratara de un calentamiento previo. La polémica tuvo varios capítulos. Sin contar los trabajos idénticos que ambas figuras publicaron en distintos medios y diferentes momentos, la saga tuvo once entregas: seis fueron protagonizadas por Sarmiento y cinco por Quesada.² Podría editarse un volumen completo con este manantial de ideas y argumentos acerca de qué era lo que había que hacer con la Biblioteca Pública de Buenos Aires, aunque, como observó en más de una oportunidad el propio Quesada, su obra no trataba del tema particularmente. El autor estaba algo molesto por el punto de partida fijado para el debate. En rigor, hubiera deseado no subirse al *ring* que proponía Sarmiento. Allí, el único que ganaba era él: su talento para dar vuelta las ideas y el tono apasionado que utilizaba en la polémica no tenían contendientes (Rama 1985). Y, aun así, a ese cuadrilátero se vio arrastrado Quesada, que se lamentó hasta en su última intervención: “¡Es muy cómoda la crítica, se ataca con una palabra y es necesario defenderse escribiendo páginas!” (Quesada, 11 de septiembre de 1877).

Pero Sarmiento eligió bien al dejar a un lado la exégesis de *Las bibliotecas europeas...* y fijar la atención en las consecuencias políticas que pudiera tener el libro. Y este movimiento lo hizo con una advertencia: “que [el autor] no se apasione de su biblioteca, de una biblioteca única, a punto de extraviar las ideas, sobre su importancia y aplicación” (Sarmiento, 15 de junio de 1877). Fiel a la concepción que había buscado alimentar desde las décadas anteriores, Sarmiento temía que los recursos del tesoro se utilizaran para alentar una biblioteca al estilo europeo, tal y como la pesquisa de Quesada lo hacía presumir. Razones no le faltaban para suponer que el gobierno de la provincia de Buenos Aires estaba pensando en hacerlo: el hecho de haber costado la impresión del libro se podía leer como un indicio en ese sentido. Es por esta lógica que en más de una oportunidad manifestó, en un tono hiriente, que la tarea de Quesada era una obra en todo equivocada y que el autor tenía en sus manos la posibilidad de remediar ese error al concluir la segunda parte de la investigación. Porque mirar hacia Europa y anhelar construir una institución al estilo del Museo Británico –observaba Sarmiento–, aun suponiendo una eventual nacionalización de la Biblioteca Pública, significaba invertir dinero para unos poquísimos lectores: “¿Vendrán de Salta a registrar sus estantes (...)? ¿Se costearán de San Nicolás o Bahía Blanca a consultarlos?” (Sarmiento, 15 de junio de 1877). De norte a sur del territorio: la respuesta era indudablemente negativa. Más allá de las distancias, y en cuanto al público probable, el autor ironizaba al decir que no había en el país diez lectores que pudieran aprovecharse de un proyecto bibliotecario como el que rondaba la cabeza de Quesada; en cambio, creía que Argentina era en ese entonces una nación de “sabios imaginarios” y que, por lo tanto, los fondos disponibles para las bibliotecas debían llenar las necesidades de instrucción más inmediatas.

2 Para facilitar la lectura, en la sección Documentos se presentan las referencias bibliográficas de los intercambios que mantuvieron Quesada y Sarmiento por orden cronológico de aparición.

Otra vez Estados Unidos apareció en la pluma de Sarmiento para ejemplificar el modo correcto de hacer las cosas. De esta manera, un argumento técnico reforzaba la orientación política del debate. Así, con unas sutiles remisiones, el autor le propone al lector volver a los dos ensayos que escribió sobre las bibliotecas norteamericanas antes de ingresar a la polémica propiamente dicha, antes de nombrar a Quesada o su obra (Sarmiento, 1 de mayo y 1 de junio de 1877). Allí estaban sus argumentos y sus deseos. En uno de los textos insistió sobre la fuerza del asociacionismo y la filantropía en la constitución del modelo yanqui (aspecto, este último, prácticamente inexistente en Argentina); en el otro, presentaba una propuesta para transformar la Biblioteca Pública de Buenos Aires a semejanza de la de Boston, la de Astor o la sostenida por la Sociedad de Dependientes de Comercio de New York. Sarmiento describió con vivacidad el fabuloso movimiento bibliotecario que deseaba imitar. La cita es extensa, pero vale la pena restituir la imagen:

Un palacio vastísimo y construido al efecto, tan rica su dotación, sirve de depósito a la Biblioteca. En un vasto mostrador cincuenta niñas dependientes, están despachando su mercadería especial, a saber: empaquetando libros pedidos por millares y rotulándolos a su dirección; recibiendo libros devueltos y descargando otras en los registros el nombre del suscriptor a quien se le prestaron. Abriendo cajones de Europa que los vapores conducen diariamente con las obras recientemente publicadas, como las que vienen de los diversos Estados de la Unión Americana. Recibiendo correspondencia de la posta, que consiste en tarjetas abiertas con el nombre del libro que se pide y el nombre y domicilio del suscriptor copropietario. Diez o veinte carros de vistosa apariencia reparten este pan a domicilio, recogiendo por las calles los libros ya servidos (Sarmiento, 1 de junio de 1877).

¿Quién no se iba a dejar seducir por la idea de ver en las calles porteñas esos carruajes dejando libros a domicilio? Quesada tuvo que tomar aire y meditar para salir bien parado luego de semejante propuesta. Los años que le llevó el estudio, el tiempo y el dinero invertido parecían diluirse con el cuadro trazado por Sarmiento, mucho más amplio desde el punto de vista sociocultural de los destinatarios y, por lo mismo, más convincente desde el plano político. La réplica llegó varios meses después: el 3 de noviembre, Quesada escribió “Las grandes bibliotecas y las bibliotecas populares”. Su punto de partida, a la inversa del empleado por su contendiente, fue el argumento técnico: “Las grandes bibliotecas (...), las que reúnen y conservan las publicaciones nacionales, las Bibliotecas-archivo, como las llama el crítico, ¿excluyen por ventura las bibliotecas (...) populares? ¿Qué enseñan la Europa y los Estados Unidos?” (Quesada, 3 de noviembre de 1877). El autor empezó, de este modo, a construir un camino alternativo, uno que lo iba a conducir a un encuadre político distinto al de Sarmiento y que consistía en procurar fondos para atender a las instituciones del saber, a las que se vinculaban con la producción del conocimiento, con la cultura científica. ¿Se trataba de una inversión para una minoría escogida? Evidentemente; Quesada no sostuvo lo contrario ni rehuyó de la cuestión. Para él, la Biblioteca Pública de Buenos Aires formaba parte de una estrategia de posicionamiento internacional que debía afrontar el Estado nación. Por otro lado, argumentaba, una gran biblioteca no iba contra las populares;

todo lo contrario: era su complemento, de la misma manera que la universidad representaba un trayecto formativo superior respecto de las escuelas. Y Quesada tomó esta observación de los sistemas bibliotecarios en su viaje por Europa y de la bibliografía norteamericana relacionada con el tema. Con esta información a la mano y con el deseo de contestar los golpes recibidos, el autor cerró el primer artículo manifestando que Sarmiento no solo desconocía las últimas novedades de la ciencia de las bibliotecas en general, sino que, además, estaba completamente desactualizado respecto de lo que pasaba en Estados Unidos, en cuya experiencia se basaba toda su crítica.

Apenas tres días después Sarmiento volvió a la carga con un artículo publicado en *La Tribuna*, donde se preguntaba socarronamente si, al referirse a las grandes bibliotecas, Quesada hablaba de la pública de Buenos Aires como si se tratara de una institución que entraba en la misma categoría que la Nacional de París o la Imperial de Berlín (Sarmiento, 6 de noviembre de 1877). La distancia con esos establecimientos y, por lo mismo, la magnitud de las inversiones que se requerían para imaginar un proyecto de biblioteca pública en ese horizonte devolvía la discusión al único punto que, a los ojos de Sarmiento, era debatible: saber si la población de Buenos Aires iba a gastar dinero en libros para el uso exclusivo de las gentes de letras o para todos los habitantes. Para el autor, la cuenta que había que hacer era sencilla: la Biblioteca del Museo Británico, que tanto admiraba Quesada, había recibido entre 1811 y 1874 unos 105.000 lectores en sus salas, mientras que la de Boston, con un décimo de los fondos bibliográficos de aquella e instalada en una ciudad de menor envergadura y escasa tradición letrada, había hecho circular en un solo año 758.194 volúmenes a domicilio (Sarmiento, 6 de noviembre de 1877). Sarmiento consideraba que no existían razones que justificaran cerrar las puertas de una gran biblioteca al porcentaje mayoritario de lectores. El dilema se resolvía con un sistema mixto de préstamo: manuscritos, libros raros y escogidos, panfletos y publicaciones periódicas en general, reservadas para la consulta *in situ*; el resto de las obras, todas disponibles para el préstamo a domicilio.

Quesada no había alcanzado a publicar la segunda parte de su respuesta cuando recibió esta devolución de Sarmiento. Tal vez algo sorprendido, suspendió momentáneamente el plan inicial, de tono más sereno, para sacar un trabajo cargado de los efectos retóricos que merecía la contienda (Quesada, 7 de noviembre de 1877). Pero entre esos fuegos de artificio, que desde luego fueron inherentes a la construcción de la política y en los que aprovechó para refutar el uso de las estadísticas de su contendiente, entre otros argumentos más bien superficiales, Quesada fijó sus premisas de trabajo: ¿quién se ha ocupado, de mucho tiempo a esta parte, de la Biblioteca Pública de Buenos Aires? Si la institución se convirtió en ese archivo polvoriento de librazos que nadie usaba y que solo servían de alimento a las polillas —la descripción pertenecía a Sarmiento—, era precisamente porque los sucesivos gobiernos y especialmente los que siguieron a la dominación rosista, no habían hecho nada por conservar el legado revolucionario de 1810, al que, por otra parte, se aferraban como sustento de legitimidad simbólica. Esta evocación, tal vez la primera de su tipo en la bibliotecología nacional, fue enunciada con

el firme propósito de construir y proyectar una tradición. Poco tiempo después, desde otro punto de vista, Groussac apeló a este gesto y profundizó esa veta al cimentar su autoridad al frente del repositorio con ese texto de rigor historiográfico que fue *Historia de la Biblioteca Nacional* (Bruno 2018), que se publicó en el prefacio al primer tomo del *Catálogo Metódico* en 1893. Pero, a diferencia del autor francés, la investigación de Quesada, elaborada desde una disciplina marginal, como en efecto lo era la ciencia de la biblioteca, buscaba funcionalizar la historia atrapada y condensada en la Biblioteca Pública para disponerla, aunque no en igualdad de condiciones, sí en términos de aspiraciones, en relación sincrónica con esos grandes acervos europeos, que entonces, en el 1800, los norteamericanos empezaban a crear con grandes recursos, donaciones extraordinarias y magníficas edificaciones. Así declaraba el autor la intención de su obra:

Mi libro no está escrito, como dice el señor Sarmiento, para popularizar la idea de una biblioteca exclusiva, sino para llamar la atención en esta sociedad, a la que falta la organización de un establecimiento que tanto en Europa como en los Estados Unidos se considera indispensable y complementario de la enseñanza; está escrito para demostrar la influencia que han ejercido en Europa, y para deducir la que ejercerá en el país, cuando se le preste la protección que merece y se le señalen recursos suficientes (Quesada, 7 de noviembre de 1877).

Si bien la biblioteca que proponía el autor no era exclusiva o excluyente en el derecho, es decir, en los estatutos y los reglamentos constitutivos, lo sería de hecho. Porque aunque el acceso a las salas no estaba restringido, Quesada imaginó una colección que, por su naturaleza, resultaba adecuada para un público especializado. Incluso, en *Las bibliotecas europeas...* destacó en más de una oportunidad el modo en que algunas instituciones restringían la lectura literaria a todos aquellos lectores que no pudieran acreditar la condición de críticos (1877, p. 267). Así las cosas, los argumentos técnicos volvieron a predominar en los tres artículos siguientes para justificar su proyecto. Por su parte, Sarmiento se consideró satisfecho y abandonó la polémica con la publicación de dos textos: en uno tradujo un fragmento dedicado a la Biblioteca Pública de Boston en “The public library of ten principal city”, de Sahara E. Pitts (Sarmiento, 9 de noviembre de 1877); en el otro, reprodujo el ensayo salido en *La Educación Común* el 1 de junio (Sarmiento, 15 de noviembre).

Uno de los asuntos que se tomó seriamente Quesada en esta polémica estuvo relacionado con la restitución pública de lo que significaba la ciencia de las bibliotecas y cómo esta disciplina era constitutiva de su plan de trabajo. El autor pensaba que, al brindar un contexto retórico de autoridad, se acercaba un poco más al convencimiento político que necesitaba para ganar la disputa sobre el fondo de la cuestión y también para dejar bien parada su investigación, precisamente ante una serie de maliciosas recomendaciones de lectura que le hiciera Sarmiento. En esta línea, la ofensiva de Quesada comenzó por inventariar la serie de publicaciones periódicas existentes: en Alemania dos títulos llevaban más de treinta volúmenes cada uno; en España tenían *La revista de archivos, bibliotecas y museos*; en Francia se destacaba *Le bulletin du bibliophile* desde 1834; en Bélgica, *Anales de la Biblioteca*. La lista de referencia era

extensa e incluía también las periódicas norteamericanas y, más allá, varias menciones de autoridades en la materia e informes gubernamentales que confirmaban la preocupación internacional por las bibliotecas (Quesada, 8 de noviembre de 1877). A contramano del discurso simplificado al que apelaba Sarmiento, como buen publicista que era para clausurar el diálogo, Quesada se obstinaba en señalar que el área de conocimiento dentro de la que estaba inmersa la discusión no registraba consensos universales definitivos. Y así lo demostraban también los congresos de bibliotecarios que por ese entonces tuvieron lugar en distintas partes del mundo, donde los especialistas se reunían a debatir sobre la selección y la adquisición de las obras, la redacción de los catálogos, el intercambio bibliográfico, la clasificación de los libros, los métodos de guarda y conservación, la formación del personal, la constitución burocrática y administrativa de las instituciones, los públicos lectores y, algo que de manera particular interesaba a Quesada, las tipologías de bibliotecas (Quesada, 10 de noviembre de 1877). Con todo este material y todas estas remisiones eruditas, lo que estaba en ciernes era la construcción de una suerte de estado del arte sobre el saber de bibliotecas, sobre la complejidad que este asunto representaba y de la razón que, en definitiva, involucraba a un sinfín de personas en ambas márgenes del océano atlántico intentando brindar respuestas. De este modo, la querella sobre la primacía de la bibliotecología norteamericana por sobre la europea, en la que tanto había insistido Sarmiento, y que, por otra parte, iba a tener varios capítulos en Argentina durante el siglo xx (Parada 2018), quedaba disuelta en torno de la idea de comunidad científica.

Asimismo, de ese conjunto de conocimientos Quesada tomó algunas constataciones que se encaminaban a resolver una de sus preocupaciones intelectuales más antiguas: la de brindar sustentabilidad al desarrollo de la investigación (Buchbinder 2018). El análisis partía de una premisa que es posible expresar de este modo sintéticamente: si un letrado porteño podía, en la década de 1850, proveerse a su cuenta de los materiales que le hacían falta para sus estudios, dos décadas más tarde, ni aún las fortunas más importantes o las relaciones eruditas más sofisticadas resolvían las necesidades de provisión bibliográfica, en buena medida porque la dinámica misma de la producción del saber estaba en transformación. En este plano, la ciencia de las bibliotecas era, para el autor, una metaciencia, no a la manera de la filosofía, sino como una estructura material y operativa eficiente y necesaria para generar las condiciones de trabajo adecuadas para el desarrollo cultural, artístico, industrial, etc. Llegado a esa instancia, Quesada debía oponer argumentos al obstáculo de los “sabios imaginarios”, porque, de otro modo, cuál era el motivo para invertir dinero en un proyecto de alcance social tan estrecho. Existían buenas razones coyunturales para hacerlo: el periódico *La Tribuna* –empresa periódica históricamente vinculada con Sarmiento– había publicado de manera reciente algunos artículos sobre la ciencia argentina; distintas academias y sociedades científicas ya se encontraban funcionando en el país –de hecho, la Sociedad Científica Argentina editaba una revista desde 1876–; hasta el propio Sarmiento, bajo su presidencia, fundó un observatorio astronómico en Córdoba e hizo traer especialistas desde Estados Uni-

dos. Con todo, observaba Quesada, si aún no existía un conjunto visible de expertos, su formación estaba en curso. En este sentido, también se encontraban razones históricas que justificaban la creación y el mantenimiento de una gran biblioteca en Buenos Aires o en cualquier parte del mundo: una de ellas se asociaba al acceso al pasado a través de los documentos acumulados; otra estaba relacionada con el presente de la producción internacional del conocimiento; finalmente, una concepción patrimonial prometía conservar lo coleccionado para las futuras generaciones. Sobre esta última dimensión Quesada se apoyó para defender la prohibición del préstamo domiciliario de libros, que era uno de los flancos abiertos por Sarmiento. Según la perspectiva que adoptó, los bibliotecarios no solo debían atender al público que todos los días se acercaba al establecimiento, sino también a esos lectores que lo harían en el futuro (Quesada, 16 de noviembre de 1877). A esta noción o premisa que el autor aprendió en Europa, se agregaba como refuerzo la prevención contra las expoliaciones: “Temería que el préstamo de libros a domicilio sirviese para aumentar bibliotecas de particulares al favor de las influencias, del prestigio y de las posiciones. ¿Quién se atrevería a reclamar un libro?” (Quesada, 10 de noviembre de 1877). Este problema no solo lo había padecido la Biblioteca Pública durante las gestiones anteriores: otra institución de la memoria y del saber, como el Archivo General de la Nación, sufrió pérdidas irreparables de piezas archivísticas. Durante la misma década, Guido Spano, director del establecimiento, fue un fuerte defensor de las restricciones al retiro de materiales que usualmente se habían realizado a favor de ministros y de particulares de cierta importancia (Swiderski 2015). La cuestión, concluía Quesada, no era simplemente reglamentaria, como había propuesto Sarmiento, sino que obedecía a la construcción conceptual de una entidad.

Por último, para reforzar esa idea y responder al mismo tiempo a las referencias bibliotecológicas norteamericanas que Sarmiento había hecho de manera incesante, Quesada buscó en esa literatura las claves para demostrar que su proyecto no era una aventura disparatada. En Estados Unidos las grandes instituciones estaban creciendo día a día a fuerza de inversiones cuantiosas en libros selectos. La misma Biblioteca Astor, que fue presentada por Sarmiento como un ejemplo a seguir, sostenía una política de compra que privilegiaba las colecciones tendientes a favorecer los estudios científicos, las artes, la literatura y la historia cultural. Pero no solo era este sesgo el que interesaba señalar a Quesada: en el origen de esa biblioteca estaba la actitud filantrópica de John Jacob Astor, que donó cuatrocientos mil dólares para la construcción de un edificio y la formación de sus fondos. Y por sobre todas las cosas, esa era una biblioteca de consulta gratuita, pero de circulación restringida (Quesada, 8 de noviembre de 1877). Con el tiempo, y al fusionarse con otras instituciones, se convirtió en 1895 en la Biblioteca Pública de Nueva York. Estos grandes emprendimientos bibliotecarios de los Estados Unidos eran muy difíciles de imitar en Buenos Aires, aunque su existencia demostraba que allá también daban espacio a las bibliotecas universalistas y no solo a las populares. Para Quesada, sin embargo, no había que ir tan lejos a buscar modelos: mucho más acá, en México, Chile y Brasil tenía lugar un movimiento bibliotecario fundacional al estilo

del que él mismo profesaba (Quesada, 10 de noviembre de 1877). La correspondencia entre el autor y Ramiz Galvão, su par de la Biblioteca de Río de Janeiro, testimonia una preocupación común: la de modernizar las bibliotecas para favorecer el desarrollo de la cultura intelectual, de la cultura científica (Sampaio Caldeira y Mattos Clén Macedo 2016, Sampaio Caldeira 2017). Las naciones de América Latina estaban creando su tradición libresca y Argentina no podía ser una excepción en la región.

CONSIDERACIONES FINALES

Lo que pasó con la Biblioteca Pública de Buenos Aires en los años posteriores al debate entre Sarmiento y Quesada ya es historia. En 1884, al federalizarse la ciudad, la biblioteca recompuso su estatuto y se transformó en Biblioteca Nacional. Posteriormente, las cuatro décadas (1885-1929) de Paul Groussac al frente del establecimiento dieron forma a ese proyecto que desde el plano conceptual labró Quesada y que durante su gestión encaminó mediante el incremento del fondo bibliográfico, el canje internacional, la catalogación y el reordenamiento de los libros, la instalación de un taller de encuadernación, varias refacciones edilicias, la redacción sistemática de memorias e informes, la presentación de un proyecto de reglamento y, lo que Groussac (1893) destacó por sobre estas medidas, la edificación de una nueva sala de lectura. En conjunto, estas acciones reflejaron un incremento estadístico de lectores, lo que, de algún modo, probaba la utilidad de la institución. Pero la tarea intelectual de Quesada quedó sin reconocimiento. Horacio González (2010) tuvo razón al decir que Groussac se burló oblicuamente de esa pasión bibliotecaria de Quesada, a la que consideraba un tanto insignificante. La crítica era, además de injusta, un atajo que el autor tomó para no ingresar al mismo terreno. Otra suerte, en cambio, tuvo la retórica de Sarmiento. En los años que siguieron, su trabajo fue retomado por todo el arco político e ideológico: socialistas, anarquistas, conservadores y liberales reformistas trajeron su nombre a la escena pública toda vez que el tema apareció en la agenda. La obra de Sarmiento se convirtió en un *leitmotiv* de los discursos bibliotecarios sobre la lectura. Institucionalmente, estas ideas volvieron a la órbita del Estado nacional en 1908, al restituirse la Ley n° 419 de protección a las bibliotecas populares. Desde entonces, si bien se fundaron en Argentina muchas bibliotecas públicas, no hubo nunca nada similar a un sistema.

Pero la historia de las recepciones de esas producciones bibliotecarias, o de la manera en que continuaron desarrollándose esas matrices conceptuales, será un capítulo por venir. Lo primordial, al llegar a este punto, es subrayar el hecho de que un debate, producido por el efecto de la construcción de dos retóricas diferentes ante una decisión estratégica específica –el destino de la Biblioteca Pública–, favoreció la emergencia de un pensamiento de bibliotecas. Probablemente, si se leyeran las intervenciones de Sarmiento y de Quesada exclusivamente desde la crítica que operó su contrincante, poco o nada quedaría de ellas, ni del modo en que cada autor buscó ser leído, amplificado y reiterado en el espacio público y en la arena política de las bibliotecas. Salir de esa en-

crucijada obligó a restituir la manera en que los contendientes habían formado sendas concepciones: Quesada, sobre la base de una investigación sistemática, que si bien fue llevada a cabo con ciertas dificultades metodológicas –aspecto que se advierte en los desbalances de contenido en la redacción de la obra– fue el producto genuino de un esquema de trabajo, de la concepción de un objeto de conocimiento y de una búsqueda singular: encontrar las buenas prácticas bibliotecarias compartidas por las grandes instituciones de la cultura intelectual europea. En Sarmiento, en cambio, casi nada de eso estaba presente: su propuesta fue hecha a picotazos a lo largo de cuarenta años, algo reiterativa, sí, pero seductora. Su lugar de enunciación no era el de un observador –que por supuesto lo era, y muy agudo, de las condiciones sociales de la lectura–, sino el de un político con un plan de transformación sociocultural de amplio espectro. El tipo de saber que ayudó a crear era uno capaz de moldearse y de adaptarse a muchas circunstancias, a los bajos presupuestos y a las necesidades de un público lector en crecimiento.

Las lógicas de esas producciones de conocimiento encontraron un punto culmen en el debate generado tras la publicación de *Las bibliotecas europeas...* Allí, los autores debieron condensar sus ideas, fundadas en nociones muy diferentes de lo que significaba una biblioteca pública: para Quesada, una institución erudita; para Sarmiento, una instancia de socialización popular de la lectura. Al margen de los dardos personales que cada uno lanzó sobre el otro y de la espuma propia de la polémica, los argumentos técnicos y políticos fluyeron en las apologías que los autores hicieron de sus posiciones. Quesada, mucho más propenso a crear un tupido bosque de referencias doctas, a citar ejemplos, a describir y contraponer los modelos provistos en aquel entonces por la bibliotecología; en otras palabras, a recurrir al prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad. A la inversa, Sarmiento acudió a la razón política, bajo el lema fundamental de la democratización de la cultura letrada, de la ampliación del público lector, de la modificación, en definitiva, de los tradicionales y restrictivos circuitos de circulación de los libros y de las lecturas. Quesada no desdeñó, sin embargo, el rumbo político de su obra: su defensa se construyó sobre la cultura erudita, sobre la conservación del patrimonio bibliográfico y sobre el uso instrumental que potencialmente pudiera tener para la nación y su posición relativa en América Latina y más allá de ella. Por su parte, las apelaciones bibliotecológicas de Sarmiento se sostuvieron fieles al modelo norteamericano que leyó en Franklin y Mann, y a esa fórmula ya probada para la creación de las bibliotecas que combinaba la guía del Estado con la participación de la sociedad civil.

Al iniciar por este acontecimiento la historia de las ideas de bibliotecas en Argentina, al inventariar las opiniones, las doctrinas y las representaciones que estuvieron en el horizonte de Sarmiento y Quesada, no solo se contribuye a subsanar una deuda prolongada que mantenía la crítica cultural, especialmente la bibliotecología, también se pone a disposición los fundamentos conceptuales para una interpretación global y de largo aliento de la posición de las bibliotecas en relación con los proyectos políticos, culturales y sociales en los que tomaron parte.

BIBLIOGRAFÍA

- AGESTA, M. de las N., 2023. Delegados del Saber: la Asociación Nacional de Bibliotecas y las políticas bibliotecarias en Argentina (1908-1913). *Historia Crítica*, v. 1, n° 87, pp. 129–154. [Consultado el 25 de abril de 2023] <https://doi.org/10.7440/histcrit87.2023.06>.
- AGUIRRE, C. & SALVATORE, R. D. (eds.), 2018. *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial. 364 p.
- ALTAMIRANO, C., 2006. *Intelectuales: Notas de investigación*. Bogotá: Norma.
- ALTAMIRANO, C. & SARLO, B., 2016. Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*. En *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*. Buenos Aires: Siglo XXI. pp. 97-151.
- BALSAMO, L., 1998. *La bibliografía. Historia de una tradición*. Gijón: Trea. 214 p.
- BARBIER, F., 2015. *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand. 462 p.
- BRAGONI, B. & MÍGUEZ, E. J. (eds.), 2010. *Un nuevo orden político: Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires: Biblos. 315 p.
- CHARTIER, A. y HÉBRARD, J., 1994. *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa. 528 p.
- COLOMBI, B., 2004. *Viaje intelectual: Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo. 270 p.
- BATTICUORE, G., 2010. Libros, Bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso. En: L. Alejandra, *Historia Crítica de la Literatura Argentina: El brote de los géneros*. Buenos Aires: EMECÉ. pp. 413-440.
- BUCHBINDER, P., 2012. *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*. Buenos Aires: Edhasa. 239 p.
- BUCHBINDER, P., 2018. Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y la sociabilidad de los letrados. En C. AGUIRRE & R. D. SALVATORE (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial. pp. 149-166.
- BRUNO, P., 2005. *Paul Groussac, un estratega intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 262 p.
- BRUNO, P., 2018. Paul Groussac frente a la Biblioteca Nacional de Argentina (1885-1929). En C. AGUIRRE & R. D. SALVATORE (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial. pp. 53-72.
- CORIA, M., 2022. Las políticas bibliotecarias de lectura de la Comisión Protectora de la Bibliotecas Populares (1933-1952). La Plata, mimeo.
- DORTA, A., 2019. Circuitos de lectura públicos para los hombres de ciencia: génesis de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (La Plata). *Telar*, n° 2, pp. 171-190 [consultado el 25 de abril de 2023] <http://revistatelar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatelar/article/view/453>.
- DORTA, A., 2022. "Primer tratado de Biblionomía escrito originariamente en nuestro idioma": espacios de lectura, lectores, bibliotecarios/as y prácticas bibliotecarias en la obra de Luis Ricardo Fors. Trabajo presentado en XVIII Jornadas Interescuelas, Santiago del Estero, 10 al 13 de mayo de 2022.
- ETCHEPAREBORDA, M., 2004. Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. *La Biblioteca*, n°1, pp. 157-163.
- GONZÁLEZ, H., 2010. *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 336 p.
- HALPERIN DONGHI, T., 1982. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de Latinoamérica. 149 p.
- HEDSTROM, M., KING, J., 2006. Epistemic Infrastructure in the Rise of the Knowledge Economy. En B. KAHIM, D. FORAY (eds.), *Advanced Knowledge and the knowledge economy*. Cambridge: MIT Press. pp. 113-134.
- LÓPEZ PASCUAL, J., 2022a. Entre el libro y el territorio. La trayectoria de Germán García en las escalas del trabajo bibliotecológico a mediados del siglo XX. Trabajo presentado en XVIII Jornadas Interescuelas, Santiago del Estero, 10 al 13 de mayo de 2022.

- LÓPEZ PASCUAL, J., 2022b. El bibliotecario en la “mansión del espíritu”: Germán García y la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia en el mundo cultural del sudoeste bonaerense (1932-1954). *Anuario Sobre Bibliotecas, Archivos y Museos Escolares*, vol. 2, n° 1 [consultado el 25 de abril de 2023] <https://cendie.abc.gob.ar/revistas/index.php/abame/article/view/1436>.
- LUCERO, A., 1910. *Nuestras bibliotecas desde 1810*. Buenos Aires: Coni. 190 p.
- OSZLAK, O., 2009. *La formación del Estado argentino: orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires: EMECÉ. 338 p.
- PARADA, A. E., 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 343 p.
- PARADA, A. E. (ed.), 2018. *Una polémica con historia: el debate Juarroz - Sabor sobre Bibliotecología y Documentación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 134 p.
- PLANAS, J., 2009. Para un catálogo atractivo: libros y política editoriales para las bibliotecas populares. La propuesta de Domingo Faustino Sarmiento. *Información, Cultura y Sociedad*, n° 20, pp. 63-81 [consultado el 27 de abril de 2023]. <http://www.scielo.org.ar/pdf/ics/n20/n20a04.pdf>.
- PLANAS, J., 2017. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand. 320 p.
- PLANAS, J., 2019. Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino. *Información, Cultura Y Sociedad*, n° 40, pp. 53-68 [consultado el 8 de septiembre de 2022]. Disponible en: <https://doi.org/10.34096/ics.i40.5474>.
- PLANAS, J., 2021. Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina: diálogo entre Carlos Aguirre y Alejandro E. Parada. *Políticas de la Memoria*, n° 21, pp. 107-117 [consultado el 27 de abril de 2023] <https://doi.org/10.47195/21.704>.
- POBLETE, J., 2003. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Cuarto Propio. 293 p.
- RAMA, Á., 1985. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. XLI, 402 p.
- MORENO de ALBA, J. G y RAMÍREZ LEYVA, E. M. (eds.), 1995. *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 621 p.
- SABATO, H., 2004. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*. Bernal: Universidad de Nacional de Quilmes. 299 p.
- SABOR RIERA, M. Á., 1974-1975. *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- SAFERSTEIN, E. A., 2013. Entre los Estudios sobre el Libro y la Edición: El “giro material” en la Historia intelectual y la Sociología. *Información, Cultura Y Sociedad*, n° 29, pp. 39-166 [consultado el 25 de abril de 2023]. Disponible en: <https://doi.org/10.34096/ics.i29.678>.
- SAMPAIO CALDEIRA, A. P. & MATTOS CLEN MACEDO, A., 2016. Ramiz Galvão, historiador e bibliotecário: práticas e lugares da produção historiográfica no Brasil de fins do século XIX e início do século XX. *História da Historiografia: International Journal of Theory and History of Historiography*, vol. 9, n° 22 [consultado el 25 de abril de 2023]. Disponible en: <https://doi.org/10.15848/hh.v0i22.1123>.
- SAMPAIO CALDEIRA, A. P., 2017a. Ramiz Galvão e a ideia de biblioteca como vitrine da nação: modelos europeus e trocas culturais no processo de modernização da Biblioteca Nacional. *História* (São Paulo), vol. 36, n° 24. [consultado el 25 de abril de 2023]. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/1980-436920170000000024>.
- SOAJE de ELÍAS, R. & MOLINA, F., 2021. La construcción de las bibliotecas populares en Chile: Sarmiento, el libro y la lectura (1840-1856). *Revista de historia americana y argentina*, vol. 56, n° 2, pp. 13-45 [consultado el 25 de abril de 2023]. Disponible en: <https://doi.org/10.48162/rev.44.010>.
- SWIDERSKI, G., 2015. *Las huellas de Mnemosyne. La construcción del patrimonio documental en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos. 289 p.
- SUBERCASEAUX, B., 2000. *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*. Santiago de Chile: LOM. 223 p.

DOCUMENTOS

ARTÍCULOS DE LA POLÉMICA ENTRE SARMIENTO Y QUESADA POR ORDEN CRONOLÓGICO

- SARMIENTO, D. F., 1877. Bibliotecas circulantes. *La Educación Común*, Buenos Aires, 1 de mayo.
- SARMIENTO, D. F., 1877. Bibliotecas populares. *La Educación Común*, Buenos Aires, 1 de junio.
- SARMIENTO, D. F., 1877. *Bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*, por Vicente Quesada, Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. *La Educación común*, Buenos Aires, 15 de junio.
- SARMIENTO, D. F., 1877. Cuestión de bibliotecas. *La Educación común*, Buenos Aires, 1 de julio.
- QUESADA, V. G., 1877. Las grandes bibliotecas y las bibliotecas populares [1]. *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de noviembre.
- SARMIENTO, D. F., 1877. Sobre bibliotecas. *La Tribuna*, Buenos Aires, 6 de noviembre.
- QUESADA, V. G., 1877. Las bibliotecas públicas (contestación al señor D.F.S.) [2]. *La Tribuna*, Buenos Aires, 7 de noviembre.
- QUESADA, V. G., 1877. Las bibliotecas públicas. Observaciones con motivo de la crítica de un libro [3]. *La República*, Buenos Aires, 8 de noviembre.
- SARMIENTO, D. F., 1877. Biblioteca Pública de Buenos Aires. *La Tribuna*, Buenos Aires, 9 de noviembre. (Nota: el texto es la traducción de un extracto de: "The Public library of ten principal city", de Sarah E. Pitts, en: *Public libraries in the United States of American*, Illinois: University of Illinois, Graduate School of Library Science, 1876).
- QUESADA, V. G., 1877. Congreso de bibliotecas. Observaciones con motivo de la crítica de un libro (IV). *La Tribuna*, Buenos Aires, 10 de noviembre.
- SARMIENTO, D. F., 1877. Cuestión de bibliotecas, *La Tribuna*, Buenos Aires, 15 de noviembre. (Nota: replica el artículo presentado en *La Educación Común* del 1 de junio de 1877).
- QUESADA, V. G., 1877. Lo que va de ayer a hoy. Observaciones con motivo de la crítica de un libro (V). *La Tribuna*, Buenos Aires, 16 de noviembre.

OBRAS Y OTROS DOCUMENTOS CITADOS

- GROUSSAC, P., 1893. Prefacio. En Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional: Ciencias y Artes* (pp. V-XCIX). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- COMISIÓN PROTECTORA DE BIBLIOTECAS POPULARES, 1938. Páginas selectas de Sarmiento sobre bibliotecas populares. En: Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento: cincuentenario de su muerte*. Buenos Aires: La Comisión, t. IV, 243 p.
- CONSTANTIN, L. A., 1865 [1839]. *Biblioteconomía o nuevo manual completo para el arreglo, la conservación y la administración de las bibliotecas*. Madrid: Imprenta de las Escuelas Pías. 185 p. [Consultado el 8 de septiembre de 2022]. Disponible en: http://books.google.com.ar/books?id=qmWvC5SPvs8C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false.
- MASSA, N., 1878. *Memoria de la Biblioteca Pública de la provincia de Buenos Aires correspondiente al año 1877*. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría. 200 p. (Prólogo a cargo de Ernesto Quesada).
- QUESADA, V. G., 1873. Múnich. Una visita a la Biblioteca Real y del Estado. *Revista del Río de La Plata*, Buenos Aires, t. VII, n° 26.
- QUESADA, V. G., 1874. Biblioteca Nacional de París. *Revista del Río de La Plata*, Buenos Aires, t. VIII, n° 31.
- QUESADA, V. G., 1874. Biblioteca Nacional de Madrid. *Revista del Río de La Plata*, Buenos Aires, t. IX, n° 34.
- QUESADA, V. G., 1877. *Las bibliotecas en Europa y algunas de la América Latina*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo. 651 p.
- QUESADA, V. G., 1879. *La Biblioteca Pública de Buenos Aires: proyecto de reorganización*. Buenos Aires: Imprenta de Biedma. 43 p.
- SARMIENTO, D. F., 1853. Bibliotecas locales. *El Monitor de las escuelas primarias*. Santiago de Chile, junio y julio de 1853.

SARMIENTO, D. F., 1867. El enemigo en campaña. *Ambas Américas. Revista de educación, bibliografía y agricultura*, Nueva York, n° 1.

SARMIENTO, D. F., 1874. *Instrucciones sobre educación*. Buenos Aires: La Tribuna.

SARMIENTO, D. F., 1877. El arte de manejar bibliotecas populares. *La educación Común*, Buenos Aires, n° 12 y 13.